

perada como interesante. El hombre de nuestros días está solicitado por fuerzas universales antagónicas. Indudablemente hay un principio de unidad en el espíritu humano. Las grandes corrientes culturales uniforman el pensamiento al Norte, al Sur, al Este y al Oeste. Pero, a un mismo tiempo, las diversidades étnicas persisten. El hombre del día es monoteísta por tradiciones, pero la variedad de los aspectos espirituales de la vida le hace creer en muchos dioses. Es su fe en la vida, es la adoración de la vida invocada por Aldous Huxley. Su sistema filosófico, su religión en el momento en que escribía su estudio sobre Pascal podrían denominarse "biolatría" o adoración de la vida. Hay que limitar la afirmación a ese momento preciso, porque el autor está dispuesto a cambiar de ideas si las condiciones interiores y exteriores de su existencia traen consigo un cambio de sentimientos. Ama la vida con violencia y su sensibilidad percibe en el curso de los sucesos matices de una refinada belleza que escapan aún a las mentes cultas. Es tal su poder de análisis y se extienden hasta tan lejos sus capacidades de asociar las ideas, que percibe semejanzas entre San Francisco de Asís y el monje Gregorio Rasputin, a pesar del contraste que representan los dos caracteres.

La vida moderna de la mayoría humana le inspira repugnancias invencibles. Huyendo del artificio dominante en la existencia ordinaria de las metrópolis supercivilizadas, se lanzó una vez en carrera desatinada al través del continente europeo, en busca de un rincón amigo, donde reposar por unos días de la vida ciudadana, recogerse dentro de sí mismo, y gozar con igualdad y plenitud de las propias sensaciones. Después de una rápida visión de la Riviera, avanzando hacia el Oriente, penetró con su carro en regiones menos pobladas, donde la naturaleza parecía haber escapado a la ofensiva humana. Un hotel llamado el Paraíso convidaba al transeúnte con sus palmas en una atmósfera de transparencia cristalina. Penetró en esa mansión remota con ánimo de reconciliarse por unos días con la civilización.

"El Paraíso, nos dice Huxley, empezó por darnos una sorpresa. No espera el viajero encontrar en el *hall* de un hotel italiano un grupo de señoras inglesas de edad incierta, disfrazadas de pierrots, de geishas y de campesinas galenses. Allí estaban, empero, cuando fuimos a pedir refugio, los sombreros de brujas, los kimonos, en animada charla con un joven clérigo protestante, cuyo acento oxfordiano y cuya risa (aquella risa demasiado alegre de los sacerdotes protestantes, que quieren probar como, a pesar de todo, pueden ser afables camaradas) era un regocijo escucharlo . . . En pocos minutos todas las mesas del comedor estuvieron ocupadas. Había, tal vez, cuarenta huéspedes, ingleses todos, y todos, excepto el párroco y yo, del género femenino. ¡Y qué mujeres! Las miraba y me habría

INDICE



Entérese y escoja:

Carlos Arturo Torres: <i>Los ídolos del foro</i> . Ensayo sobre las supersticiones políticas	¢ 3.25
Martín Luis Guzmán: <i>El Aguila y la Serpiente</i>	3.50
M. Díaz Rodríguez: <i>De mis romerías y sensaciones de viaje</i>	3.25
V. García Calderón: <i>Cantilenas</i>	4.75
A. Austregesilo: <i>Consejos prácticos a nerviosos</i>	3.50
Juana de Ibarbourou: <i>Sus mejores poemas</i>	5.00
Xavier Villaurrutia: <i>Reflejos</i> . Pasta	4.00
Luis Jiménez de Asúa: <i>La lucha contra el delito de contagio venéreo</i>	3.00
Salvador Díaz Mirón: <i>Lascas</i>	3.00
Javier de Viana: <i>Gurí o otras novelas</i>	3.00
Kalyana-Malla: <i>Anangaranga</i>	2.50
José María Salaverría: <i>Bolívar el libertador</i>	3.75
Luciën Laurat: <i>La acumulación del capital según Rosa de Luxemburgo</i>	3.50
Alfredo Adler: <i>Conocimiento del hombre</i>	5.50

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.

reído si el espectáculo de tanta edad, de tanta virtud y fealdad, de tantas esperanzas frustradas y de tanto refinamiento, de tanto orgullo burgués y de tan pequeñas rentas, de tanto aburrimiento y espíritu de sacrificio no hubiera sido tan risible cuanto digno de compasión".

La civilización le daba de frente allí donde él esperaba encontrar la naturaleza o el desierto. El fonógrafo, el radio, el cinematógrafo, cegaban las fuentes de la naturaleza, y el progreso afeaba la vida con estrépito y sin intermitencias. Compadecidos de su ceguera, algunos amigos le llevaron al cinematógrafo parlante. Esta nueva muestra de una civilización que se deshace sin refinarse, al revés de aquellas que nos legaron inviolados modelos de belleza, le hizo bendecir su ceguera y avergonzarse de un siglo en que el hombre agobiado por la fealdad circunstante, puede hallar regocijo en los compases del *jazz* y satisfacción intelectual en la fácil inventiva de quienes preparan los dramas para la pantalla. El mal está en que el *jazz*, el cinematógrafo, los teatros de novedades, los novelistas, y las señoritas casaderas no cultivan los instintos vitales ni se dirigen a la inteligencia. Buscan solamente el éxito. "En los viejos dramas el amor se sacrificaba en los altares de un penoso deber. En la pantalla, el sacrificio del amor se cumple en aras de lo que William James abominó señalándolo con el mote de la Perra Diosa Exito (*Bitch Goddess Success*)".

Su pasión por la verdad es violenta, irresistible y elemental como suele ser en los niños. La busca con tenacidad irrespetuosa, y cuando cree haberla hallado, la expone a la vista de todos o la comenta y explica en términos de claridad estelar.

Tal pasión crea en su naturaleza espiritual un conflicto permanente, porque con ella recibió también en dádiva una cierta inclinación a la paradoja y la encantadora predisposición de su sensibilidad a vestir la idea con los tules del humorismo. Los escritores inclinados a la paradoja. Faguet, verbigracia, a pesar de su incoercible saber, y Chesterton, en una esfera más limitada, se complacen en darle a la verdad el aspecto de una paradoja. Dice Faguet, tratando de fijar en una sola frase la actividad filosófica de Voltaire: "Es un caos de ideas claras". La paradoja toma el aspecto de una verdad. Aldous Huxley invierte el procedimiento. Su pasión intelectual en busca de la verdad coloca a ésta en un puesto inviolable; pero obedeciendo al instinto de raza y doblegado a su pesar bajo el influjo de su formación literaria, no puede eludir la fascinación de la paradoja. No convierte, sin embargo, como Faguet, la verdad en paradoja, sino al revés, le impone a la paradoja todos los aspectos y funciones de la verdad. Ejemplo: "El buen ciudadano de nuestros días, que no sea más que un buen ciudadano, es menos que humano, un imbecil o un lunático, peligroso para sí mismo y para la sociedad en que vive". O este otro: "La moralidad es siempre el producto del terror; sus cadenas y camisas de fuerza son la hechura de quienes desconfían del prójimo, porque no se atreven a tener confianza en sí mismos".

Tal es el moralista y el filósofo. Las formas de su producción corresponden a la vehemencia de sus sentimientos. Tienen la variedad de su vasta e insaciable cultura cosmopolita. Penetran la inteligencia del lector y encadenan su voluntad. Este hombre que parece saberlo todo y que ejercita a un mismo tiempo los derechos del desdén suficiente, adolece tan sólo de una flaqueza: no puede tolerar ni la falta de claridad, ni las soluciones a medias, ni la deslealtad con su pensamiento. No es posible aceptar todas sus conclusiones, pero es un gran deleite navegar con él en ese mar de ideas, envuelto en una atmósfera de transparencia etérea.

La claridad, sin embargo, no es virtud que se comunique al lector por influjo milagroso. Los apóstoles recibieron la maravillosa facultad de hacerse entender en su lengua ante las multitudes que la ignoraban. En nuestros días, la virtud de la claridad ha menester para obrar en el entendimiento de lectores u oyentes una preparación elemental. Se supone que para entender al escritor ordinario los lectores han absorbido nociones que están diluídas en el ambiente intelectual y que forman parte del equipo mental que se recibe o debiera recibirse en las escuelas elementales. Y como dice un poeta alemán: "Si la cabeza de un poeta choca con una calabaza y se escapa un sonido hueco, ¿es siempre culpa del poeta?".

B. Sanín Cano